

Carlo Clerico Medina

2ª edición



morir en sábado

¿tiene sentido la muerte de un niño?

DESCLÉE DE BROUWER

Carlo Clerico Medina

Morir en sábado

¿Tiene sentido la muerte
de un niño?

2ª edición

Desclée De Brouwer

Índice

Glosario de términos populares Mexicanos que aparecen en el texto	11
Prólogo	15
Introducción.	25
Cinco vidas	29
1. Lucy. La alegría	31
2. Paco. El dolor	67
3. Javi. La trascendencia	93
4. Mauricio. El miedo	131
5. Juanito. La generosidad	169
Cinco regalos.	213
Morir en sábado	229

Glosario de términos populares Mexicanos que aparecen en el texto

Águilas del América: Se refiere a los jugadores del Club América, el más importante equipo de fútbol de primera división del fútbol mexicano.

Ahorita: Sin duda es una de las palabras más identificadas con la forma de hablar en mi país. En teoría, significa: ahora, en este momento. En la práctica, puede significar: “en este momento de mi vida”, o aunque parezca contradictorio: “en un rato”, todo depende del modo y tono con que se utilice.

Aventar: arrojar, lanzar. Expulsar, especialmente a personas.

Bugambilia: Flor típica del Estado de Morelos y en general del centro y sur del país.

Chambita / Chamba: Trabajo

Chipote Chillón: Arma (de plástico) utilizada por el “Chapulín Colorado”, uno de los personajes más representativos de la televisión mexicana de los últimos treinta años.

Chivas: Se refiere a los jugadores del Club Guadalajara, segundo en importancia en el fútbol de primera división mexicano y el mayor rival del América.

Cochinita Pibil: Plato típico del Estado de Yucatán a base de puerco en una salsa tradicional maya.

Crayolas: Crayones, pinturas de colores.

Cruz Azul: Se refiere al equipo de fútbol de primera división de México.

Cuauhtémoc Blanco y Paco Memo Ochoa: Son los dos jugadores más representativos en la actualidad en el Club de Fútbol América de la Ciudad de México.

Fregón: En la frase “¿no que muy fregón?”, significa “¿no que tan bueno?, ¿no que tu podías?”.

Garigoleado: Exagerado, excesivamente saturado.

Gripa / Gripón: Resfriado. Fuerte resfriado.

Güey: Equivale a “tonto”, pero es también un término que se usa para llamar de manera coloquial a un amigo. En algunos casos puede ser interpretada como una grosería (dependiendo del tono en el que se usa). Precedido de “Ay” es una interjección de sorpresa o incredulidad (“Ay güey”).

Kleenex: Marca comercial de pañuelos desechables.

Me aventó como al Borrás: Significa que “me obligó a hacer algo para lo que yo no necesariamente estaba preparado”.

Me cai: Expresión muy utilizada por la gente joven que puede ser interpretada como “te lo aseguro”; “estoy seguro” o “te lo prometo”.

Nimais / Ni madres: Significa simplemente: “no” (muy enfático).

No jorobes: Significa “no molestes”, es un modo menos agresivo de decir: “no jodas”.

Padrísimo / Padre: Bueno, excelente.

Pan de cazón: Plato típico del Estado de Yucatán a base de tiburón.

Panista: Se refiere a la persona que suele votar por el partido de derecha en México, el PAN (Partido Acción Nacional).

PEMEX / Pemex: Abreviatura para Petróleos Mexicanos. Empresa para estatal de petróleo en México.

Pérame: Modo coloquial de decir “espérame”.

Pinche: Puede ser interpretado en México de muchas maneras. Típicamente significa algo parecido a “vil” o “despreciable”. El tono marca si la palabra es interpretada como una ofensa o no.

Pingüino Marinela: Nombre y marca comercial de una mantecada de chocolate muy famosa en México y que es común encontrar en las tiendas de los colegios.

Pumas: Se refiere a los jugadores del Club de fútbol de la Universidad Nacional Autónoma de México de la primera división mexicana.

Sale: Significa “está bien” o “entendido”. Equivale al “Vale” que se utiliza en España, o al anglicismo: OK.

Sumiya: Es un muy famoso hotel en la Ciudad de Cuernavaca a unos 90 kms de la Ciudad de México.

Tacubaya: Zona que se localiza al Poniente de la Ciudad de México.

Te caché: Significa “te sorprendí”.

Tecos: Se refiere a los jugadores del Club de fútbol de la Universidad Autónoma de Guadalajara.

Terapeuta patito: La palabra “patito” usada como adjetivo equivale a “farsante” o “falso”.

Top siders (ochenteros): Se refiere a un tipo de zapatos que originalmente fueron diseñados para los deportes de Vela. Fueron sumamente populares en México durante la década de los ochentas.

Twister: Marca comercial de un juego infantil/juvenil cuyo elemento principal es un gran tablero de plástico sobre el que los jugadores deben colocar pies y manos (sobre círculos de distintos colores).

Vips: Nombre comercial de una cadena de cafeterías con presencia nacional.

Prólogo

El libro que se ha puesto en tus manos es pequeño pero realmente es una joya. Digo que “se ha puesto” porque los libros más importantes e inspiradores, curiosamente, como que nos caen del cielo, como que “tocaba” dejarnos impactar por ellos. Esta obra, como suele decirse, “no tiene desperdicio”.

Conocí el manuscrito antes que al autor. Al pasar las páginas de su obra me fui haciendo todo un retrato imaginado del escritor que se rompió al haberlo conocido, cuando charlé y comí con él. Por las historias tan vívidas, tan entrañables, tan humanas, me imaginé un hombre de mucha hondura sí, pero quizás un tanto especial, como un monje o como alguien de rostro silencioso, pero amable, de mucha, pero mucha interioridad; me lo imaginé, precisamente por todas esas cosas, necesariamente un hombre más bien mayor. Lo encontré en la recepción de un hotel en Guatemala, y, aunque su imagen y físico no llenó mi retrato imaginado, desde la primera vista estuve seguro que era él. Le sentí un aura muy especial y experimenté, inmediatamente, como si siempre lo hubiera conocido. Sentí una gran empatía y admiración por su persona. Eso sí, nos unía el hecho de que yo conocía muy bien a Paola su hermana, y esto era un vínculo obviamente. En esa ocasión me pidió que le

hiciera la presentación de su libro. Realmente con temor y temblor lo hago porque me da miedo empañar su brillo, pero escribo estas líneas también con mucho gusto.

El libro trata sobre la muerte de cinco niños que el autor acompañó y nos reseña de manera increíble, entrañable, empleando un lenguaje sumamente sencillo y coloquial, con un claro sabor mexicano. Aparentemente el público interesado podrían ser sólo los iniciados en tanatología con especialidad en niños. Con todo, no es así. Con su libro, Carlo Clerico toca teclas muy profundas en cada persona. Cada vez que vuelvo a leer cualquiera de sus capítulos, me provoca un llanto explosivo a la llegada de la muerte de uno de esos cinco niños: sabios y maestros, como repite muchas veces Carlo.

Por eso creo que el libro está escrito para muchos públicos. Para alguien que tiene relación con el dolor de niñas y niños le vendrá muy bien, porque encontrará muchas sugerencias y caminos. Para quienes están sufriendo su propio dolor, creo que les abrirá verdades de sentido. Para quienes acompañamos personas en su duro paso por la vida, nos abre perspectivas pertinentes. Carlo –sin “s” final como le gusta puntualizar– tiene una humanidad tremenda. Cuando lo conoces con su aire juvenil, de hombre con mente de ingeniero y que ha ido triunfando en la vida de los negocios, no te imaginas el corazón que está ahí detrás. Más aún, si lo ves en la calle no creerías que te estás topando con un hombre tan sabio –que te puede enseñar a valorar lo que de verdad vale–. Sin embargo, como ya te voy diciendo y tú mismo experimentarás, es un maestro de lo fundamental. Carlo es un verdadero iniciador a la humanidad. Carlo es un gran mistagogo, es decir, alguien que te lleva al misterio de la vida y –sin muchos aspavientos– también al misterio de Dios inmanente y trascendente.

Qué bueno que se le ocurrió comenzar a escribir sus experiencias. Carlo combina intereses muy diversos, por ejemplo, su trabajo de ingeniero en una gran empresa estatal, su vinculación a la formación en técnicas de fútbol con el equipo América de la ciudad de México, con su interés por el desarrollo humano y finalmente con la tanatología.* Esto lo llevó a esa “devoción” de acompañar niños en los últimos momentos de sus vidas, que en verdad, sólo es un paso hacia el verdadero sentido y hacia la Vida. Es muy obvio que Carlo escribe el libro como para sí mismo, como para no dejar pasar tantas experiencias sin consignarlas sin digerirlas; como si su sistematización le ayudara a ser más persona, la persona que de hecho puede actuar en cada niña o niño en su momento final. De algún modo el escrito es toda una pedagogía para vivir y para acompañar, es decir que entonces le incumbe a toda persona humana. Si este libro cayó en tus manos tienes muchas lecciones que aprender, te lo aseguro. Eso sí, hay que irlo leyendo en un tono “serendípico”. No es para devorarlo de una vez; es para degustarlo, para sacar provecho, para volver a él, a tus propias experiencias vitales y modificar tu manera de vivir.

* Te doy a continuación algunos datos –como muestra de su actuar polifacético– sobre su currículo. Estudió Ingeniería Industrial. Según él, debido a su formación en matemáticas y física, desarrolló el gusto por la filosofía. Luego estudió una Maestría en Desarrollo humano con especialidad en Transpersoanal. Luego hizo tres cursos en Técnicas Gestalt, Tanatología y más recientemente en Psicooncología. Da clases en la Maestría en Desarrollo Humano en la Universidad Iberoamericana de México. Ha trabajado para Comex, una empresa de pinturas. Después de eso montó un despacho de consultoría independiente que tiene tres objetivos: Desarrollo del Potencial Humano, Desarrollo del potencial técnico y administrativo y Desarrollo del potencial social. De 2003 al 2006 trabajó para el gobierno Federal, primero en Petróleos Mexicanos y luego en la Secretaría de Desarrollo Social. Este trabajo fue para él una puerta sumamente privilegiada para relacionarse con comunidades indígenas, campesinos y grupos sociales organizados.

Para aquellos a quienes nos toca acompañar vidas, el autor nos regala una serie de sugerencias muy significativas, que se enfatizan en el hecho de toparse con el sufrimiento de personas de muy tierna edad, en donde todo parece injusto, sin sentido, sin ninguna explicación y casi sin nada que hacer. Nuestros trabajos tal vez no nos presentan tantas complejidades y sinsentidos. Por eso es que, desde ese exceso de dificultad, podamos aprender mucho de sus enseñanzas.

En el fondo a todos los que están entorno a un niño cercano a la muerte, pero especialmente los médicos y enfermeras, no nos caería mal entender, lo que Jesús Díaz Ibáñez le enseña a Carlo, que sólo quien es realmente afectivo podrá ser efectivo. Quienes se relacionan con sus pacientes y de verdad se conmueven con su dolor, son quienes mejor se desempeñan. Quizás la clave de este acompañamiento es ayudar a encontrar el sentido del sufrimiento. Pero Carlo nos indicará incesantemente que lo importante no es el por qué, sino el para qué y, sobre todo, el para quién del fruto del sufrimiento.

¿Cómo se enfrenta el problema del dolor y sobre todo el sufrimiento de un niño o una niña? La pregunta primera –la que nunca falta– es el “por qué del sufrimiento”. Carlo, como Job y luego Jesús, no explican la razón del sufrimiento de la persona inocente –porque la respuesta no se encuentra, realmente–; sino que luchan contra él poniendo los medios a su alcance. El último medio que provocan, es precisamente una suerte de esperanza que ayuda a acuerpar la esperanza de la madre, del padre, de los familiares. Dice Carlo que el dolor se ahuyenta por el cariño y por el acompañamiento. De ahí que asegure que tanto médicos como familiares continuamente tengan que imaginar que siempre se puede hacer algo: el dolor se mitiga, por ejemplo, con una distracción apropiada. El dolor, con todo sólo se ahuyenta con el amor y la presencia silenciosa.

Pero, como él nos insiste, la pregunta correcta sobre el sufrimiento de la persona inocente, no es el “por qué” sino más bien el “para qué”. Como verás en el libro, es Paco, uno de esos niños protagonistas, que llega a formular: “cuando me duele más es que tengo que dar más cariño”. Ahí Paco se convierte en un maestro cuya ingeniosa variación de la pregunta –“para qué”, en vez “del por qué”– abre a muchas respuestas, que llenan de vida. El último paso es además preguntarse el “para quién”. Los regalos –que tú los verás muy claros en el libro– son para las personas quienes rodean el sufrimiento. Esa es la razón de que el sufrimiento es fuente de gracias para su entorno. Las personas cercanas cambian de manera maravillosa, ya podrás identificar esto con nombres propios en el libro. Carlo llega a preguntarse por qué razón es más útil para crecer y madurar, el dolor que la felicidad. Como el mismo responde: “mi respuesta es simple, el dolor *me mete* y la felicidad *me saca*”. Cuando se identifica para quién vivió ese niño concreto, la muerte puede ya convertirse en celebración de vida. Por otra parte, los niños moribundos, nos dice Carlo, cambian nuestras vidas porque nos permiten mirar dentro y modificar nuestras prioridades.

Presupuesta esta aclaración a la pregunta del sentido del sufrimiento y la profunda sintonía que debe establecerse, Carlo nos regala el esbozo de una metodología:

Lo primero es lograr el canal de comunicación, o de complicidad, interpreto yo. Como verás, con cada una de las personitas la entrada es diferente. Cuesta muchas veces establecerla. Lo segundo, en varios casos, ayuda emplear un elemento “vicario” podríamos decir (esto es, un objeto, o algo que está “en vez de”). A veces éste elemento es “en vez de sí mismo”, otras “en vez de la enfermedad”, otras como “presencia de la persona ausente”. Así objetivada la misma persona, o el dolor, o la enfermedad, es

más fácil dialogar con ella, externar el miedo, el dolor y la cólera. Uno de los “vicarios” más entrañables que Carlo nos relata, es la muñeca que una niña dejará a su mamá para que la recuerde, o la canción, como en el caso del niño indígena: “Por un amor”, que tanta vida le devuelve después, a la madre de Juanito.

Insisto, de las cosas que más me maravillan de la experiencia que Carlo plasma es una especie de “complicidad” que establece con la niña o con el niño. Descubre muy pronto cuál es el canal vital de comunicación, pero que se guarda como en secreto. En éste es un verdadero artista y no sólo un profesional. A veces es un disfraz, a veces un muñeco, otras muchas, encontrar temas de conversación. Hasta que no se da esta complicidad, no se puede dar el aporte a quien acompaña.

Pero, muy ligado a toda esa complicidad y encontrar el elemento vicario, hay actitudes fundamentales que son claves y necesarias para quien acompaña. De suyo Carlo no compartió –en tiempo real– muchas horas con esos niños. Eso sí, fueron tiempos cargados de densidad y dedicación. Como Carlo lo formula, “nuestros encuentros no habían sido cuestión de tiempo sino de intensidad”.

Los momentos intensos son eficaces si van, además, acompañados de silencio, escucha, creatividad y de apertura al regalo a recibir. Al hablar de silencio, Carlo nos enseña que el verdadero silencio es “el que comunica más que cualquier conversación y casi tanto como la mejor oración”. Por otra parte, la creatividad unida a tener un excedente de bondad y humanidad, es quizá la mejor preparación para entrenarse en el difícil camino de acompañar los últimos momentos sobre todo de un niño o una niña. Pero también acompañar a un niño en esos momentos, requiere la propia aceptación, a fondo, y estar abierto a aprender de esa personita moribun-

da. De ahí que, el autor llegue a afirmar que el acompañamiento es una de las más grandes herramientas para el auto conocimiento. Pero en el fondo, no habrá un buen acompañamiento si no se tiene una integración personal propia.

Otro elemento más. De algún modo Carlo se va dando cuenta que sólo si se acompaña a quien está sufriendo y a “sus comunidades”, es decir madre, padre, familia, amigos y trabajadores de la salud, es que se hace un trabajo eficaz de apoyo y acompañamiento. Todos los que están en el entorno de ese sufrimiento, que va adquiriendo sentido cada vez más –si se va preparando adecuadamente el camino– tienen la oportunidad gigantesca de aprender de esos niños, sabios, santos revolucionarios y genios, como dice Carlo. La muerte, dirá el autor, tiende a magnificar las cosas; el dolor y el miedo, sin duda, pero también la alegría, la trascendencia y la generosidad.

La enseñanza espiritual que dejan estos niños moribundos es algo impresionante. Así lo fue rescatando Carlo. Él nota que lo espiritual –aún en niños muy pequeños– se desarrolla de manera “anormal”, diríamos. El espacio espiritual, señala, se desarrolla como el sentido de audición que se perfecciona frente a la pérdida de la vista. Este libro es un texto espiritual todo él. Puede ser materia de crecimiento humano, de humanización, pero también de vinculación con el Dios de Jesús que está justamente en quien padece y sufre. Nos dice Carlo: “descubrí a Dios en la alegría de Lucy, en la entereza de Paco, en la experiencia verdaderamente humana de Javi, en la trascendencia del miedo de Mau y en la generosidad sin límite de Juan. Descubrí –termina Carlo– que la verdadera trascendencia no surgió de la muerte de ninguno de estos niños, sino de su vida, de sus ojos vivos, de su alma plenamente humana”. Por eso Carlo es también un gran maestro en lo

espiritual. El da su aporte sencillo terminando todas las sesiones con las palabras de la otra gran maestra, Teresa de Jesús: “nada te turbe, nada te espante... sólo Dios basta”.

Todo el libro está traspasado de una frase evangélica muy contundente: la muerte da vida. Frase suya muy significativa y relacionado con el evangelio es: “la muerte es sólo una excusa para trabajar con la vida de las personas”

Después de la muerte viene algo más para quienes se quedan. La muerte del niño o la niña no es el fin de un ciclo sino un puerto de salida. Es útil y necesario hacer algo para acompañar a las familias después de la partida del niño o de la niña, pues meses después, incluso años después, pueden venir recaídas importantes. Esto se lo pregunté a Carlo y él me manifestaba que en el futuro quisiera realizar, principalmente dos tareas: la primera era sistematizar aún más la metodología que va ya creando para poder compararla con otras experiencias y así elaborar un método que pueda facilitar el camino de otras personas que atienden situaciones semejantes. Luego, realizar un estudio y taller sobre cómo enfrentar el duelo humano, con más pertinencia. En segundo lugar, Carlo quiere abrir un espacio para la comunidad más cercana (mamás, papás, hermanos y amigos) de personas que ya hayan muerto. El mejor formato, según él, es un grupo de auto ayuda. Estos son metas todavía por alcanzar.

No me queda más que felicitar y agradecer la obra de Carlo. Agradezco su generosidad en pedirme que yo le hiciera este prólogo. Toma, entonces el libro y deja que sus palabras vayan ablandando tu corazón. Deja que esos niños te enseñen lo que de verdad vale en un mundo que peca de superfluo y efímero. Termino este Prólogo con uno de los últimos párrafos de Carlo:

Es posible vivir, aquí y ahora, es posible aprender del dolor, es posible asumir las pérdidas que la vida nos regala; es posible ser generosos, es posible descubrir a Dios en el silencio de la inmanencia y en los ojos de los demás; es posible trascender al miedo; es posible emparentarnos con la alegría. Es necesario hacerlo ya.

*Carlos Rafael Cabarrús S.J.
Guatemala, agosto 2007.*

Introducción

*Hay una forma de saber tu casa,
que es la misma forma de saber el mundo;
hay una forma de saber el mundo,
que es la misma forma de saber el cosmos;
hay una forma de saber el cosmos,
que es la misma forma de saber tu casa;
sabe tu casa, no más, y lo sabrás todo.*

Estos cinco pequeños, cuyas historias en sus horas finales presento aquí, me enseñaron a saber mi casa. De hecho, me enseñaron a descubrir cuartos completos dentro de mi casa, pasillos y estancias que yo mismo no había descubierto. Algunos me enseñaron un jardín que me permitió aprender lo importante de vivir con los pies bien firmes y descalzos sobre el piso, y otros, me enseñaron un techo al cuál yo no sabía cómo llegar; me brindaron la libertad para despegarme del piso y volar a rincones de mi casa que, insisto, yo no conocía.

Su testimonio, es de un existencialismo de lo más puro. Viven y mueren totalmente conscientes de su tiempo presente. Son capaces de cambiar; de convertirse en toda la persona que pueden ser por que no se anclan a un pasado que ya no existe, ni se confunden

viviendo un futuro que lo más probable es que no llegue jamás. Viven aquí y ahora. Se hacen conscientes.

Su testimonio, es también, de un humanismo puro. Viven y mueren totalmente abiertos, libres y generosos para recibir y dar todo el cariño de que son capaces, a sus padres, a sus hermanos, a sus tíos, a médicos, enfermeras, religiosas y sacerdotes, vivos o ya muertos.

Viven y mueren haciéndose persona en el otro, interpelando, retando, agradeciendo, demostrando que al morir conscientes, crean conciencia en el otro, que al morir agradecidos, provocan la generosidad de los demás, que al morir amando, abren una puerta infinita al amor profundo y verdadero, por la vida, por la existencia y por los demás.

Son niños –como dice Jesús Díaz Ibáñez¹– sabios, santos, genios y revolucionarios.

Nunca es fácil enfrentar la muerte, sobre todo, cuando el moribundo es un niño o una niña pequeños. Pareciera en un primer momento, que aquello no tiene ningún sentido.

¿Por qué muere un niño?, ¿por qué Dios permite el sufrimiento real y profundo de una madre o un padre cuya ilusión es ver crecer a sus hijos?, ¿por qué este mundo tan avanzado, tan tecnificado, no es lo suficientemente generoso como para orientar todos sus esfuerzos hacia la búsqueda de curas para enfermedades como el cáncer o el sida?, ¿por qué muere un niño de una enfermedad curable? ¿por qué cuesta tanto el medicamento que necesita?, ¿por qué tanto dolor? ¿Por qué?

¿Tiene sentido?

1. Jesús Díaz Ibáñez es Maestro en Desarrollo Humano por la Universidad Iberoamericana de la Cd. de México. Psicoterapeuta Humanista especializado en Logoterapia. Académico y consultor en desarrollo organizacional.

Vaya que lo tiene. Es terriblemente difícil de explicar, pero lo tiene.

Cada niño, cada niña que se va, lo hace regalando algo. Un regalo que consuela, repara y enseña. Es un regalo personal. Cada quién recibe uno distinto. A veces no es fácil descubrirlo, pero el tiempo y la vida, nos lo enseñan tarde o temprano. Es necesario sin embargo, esperar a que estamos abiertos a la magia de la expansión de la conciencia, que siendo adultos no siempre es fácil.

El regalo, lo construyen estos pequeños viviendo. Algo grandioso nos regalan en sus últimos momentos, con sus últimos respiros.

¿Por qué muere un niño pequeño?, no lo sé. Lo que sé, es que es posible encontrar respuesta en otras preguntas: ¿para qué vivió?, ¿para qué nació en tu casa?, ¿para qué vivió en medio de tu familia? El sentido, el regalo, está inscrito en su vida. No te preguntes ¿por qué murió?, pregúntate ¿para qué vivió?, y sobre todo, ¿para quién vivió? Encontrarás el regalo, poco a poco, con paciencia, con amor, con gratitud. Búscalo.

Es un regalo que está diseñado, paradójicamente, para recibirlo y después regalarlo. Los niños que mueren entregan un legado de conciencia que se multiplica, porque a quienes hemos tenido el privilegio de recibir uno, nos obliga a saber nuestra casa.

No busques el sentido en su muerte, búscalo en su vida.

Lucy, Paco, Javi, Mau y Juanito, me enseñaron con su vida, mi casa.

Ciudad de México, noviembre, 2006

CINCO VIDAS

1

Lucy La alegría

1

Cuando la conocí, Lucy tenía apenas ocho años. Era sábado. Uno de esos días que hacen que quienes tenemos la oportunidad de visitar la Ciudad de Cuernavaca, entendamos por qué se le llama con justicia, la de la “eterna primavera”.

La Hermana Clara, me recibió en la base de las enfermeras del primer piso y como siempre, levantó de entre los estantes, una pesada caja de esas donde se transporta leche, que estaba –también como siempre– llena de expedientes. Ella y yo, habíamos establecido una costumbre que a muchos les parecía extraña. Al llegar al hospital, si yo no tenía un caso nuevo asignado, la Hermana me mostraba los expedientes para que yo tomara uno al azar, con los ojos cerrados.

El ritual había funcionado así por más de dos años. Nunca he entendido por qué, ni tampoco me lo he cuestionado mucho pero siempre sucedía lo mismo: el expediente elegido pertenecía a un niño o una niña menor de doce años, nunca a un adulto.

Era Dios que quería decirme que yo debía tener un hijo, me decía la monja con ojos de complicidad. Yo la veía divertido y ella, que se dejaba vencer fácilmente, finalmente cerraba los ojos y simplemente sonreía.

Hacía poco más de dos meses que yo había dejado de ir al Hospital. Mi trabajo en una gran empresa mexicana no me hacía nada fácil la semana, y me dejaba rendido. Me costaba mucho levantarme temprano el sábado por lo que me pareció prudente alejarme de *mis moribundos* unas semanas. Además, siempre había pensado que para ir a verlos, era necesario estar entero, consciente... excusas.

—Cierra los ojos, veamos qué te regala hoy Nuestro Señor, me dijo Clara con la paz que le caracterizaba siempre, mostrándome con algo de dolor los expedientes que yacían ya sobre el pequeño mostrador de las enfermeras.

—Luciana.

Qué nombre más raro, pensé.

—Ocho años, dije en voz alta.

Al ver el expediente, la pequeña monja me sonrió y dándome un abrazo cariñoso, me dijo en voz muy baja: el Señor te ha dado un regalo inolvidable.

Como siempre, la Hermana Clara me llevó primero a la pequeña capilla improvisada que ella y sus hermanas habían construido, para leer el expediente y encontrar un poco de paz antes de hablar con los familiares de aquella niña enferma. Luego, a paso lento, me llevó a conocer a la mamá de Lucy.

Ana era una mujer bajita y corpulenta. Sus enormes cachetes rosados y su pequeña nariz puntiaguda, me recordaron inmediatamente a Susanita, la amiga de Mafalda. Parecía estar siempre ocupada y con prisa. Hablaba con todo el mundo y resultó ser una acompañante extraordinaria para todas las demás madres y algunos padres que pasaban largos días y noches de vela y sufrimiento, a los pies de la cama de sus pequeños hijos moribundos. El calor, a

veces sofocante del pequeño hospital, era sin duda su peor enemigo. Se paseaba durante horas por los pasillos con un pequeño abanico –español– nos presumía siempre, tratando de mitigar las horas más duras del verano, abanicando de vez en vez a médicos, enfermeras, visitantes y a todos quienes se cruzaban por su camino.

–Hola Ana, le dijo la Hermana Clara

–Ay, madre, replicó la mujer, haberme dicho antes que iba a venir tan bien acompañada y me hubiera al menos dado una manita de gato.

La sonora carcajada de la mujer causada por su propio chiste, me hizo sonreír de inmediato y pensar que aquella señora no parecía la madre de una niña tan enferma.

–Muchas gracias, Ana. Le dije. También me debió haber advertido la hermana que iba a encontrarme con una mujer tan guapa.

Una nueva carcajada seguida por un alegre guiño y un abrazo efusivo para la monja.

–Y díganme, ¿a qué debo el honor?, preguntó Ana divertida.

–Este es Carlo, el amigo del que te hablé la semana pasada ¿te acuerdas?

–Ay, cómo no me voy a acordar, es el “*tantatólogo*” ¿no?, ja, ja, ¿qué nombre tan raro para un médico?, ja, ja.

–Tanatólogo Ana, ta-na-tó-lo-go, deletreó con paciencia la monja.

–Y no soy médico, Ana, añadí.

–Sí, sí, ya me explicó la madre. Eres psicólogo.

–Tampoco, le dije, acostumbrado ya a la confusión que provoca nuestra presencia en aquellos lugares llenos de expertos y gurús de la medicina. Lo que hago, y si me lo permites, haré con tu hija

Luciana y contigo, es simplemente acompañarlos unas horas y ayudarlas a transitar este difícil momento.

–Lucy, por favor. No le digas Luciana, ese error fue mío... mira tú, ponerle Luciana a una niña tan dulce.

La seriedad de Ana, duró tan sólo unos segundos.

–Y, espero que no tengas novia ¿eh? por que yo estoy rete disponible, ja, ja.

–Soltero por vocación, le dije divertido.

–Ay madre, qué bien que me trajo al “*tantatrólogo*” este, ja, ja.

Con un gesto de impotencia, la Hermana Clara se alejó sonriendo, y me miró como haciéndome saber que me dejaba en buenas manos. Al menos hoy podrás salir de buen humor, me dijo divertida.

Conforme la pequeña monja desaparecía en el largo pasillo, le propuse a Ana que fuéramos a tomar un café. Ella asintió de inmediato.

El pequeño jardín interior de la Planta Baja, tenía sólo una banca, que curiosamente siempre estaba vacía. A mí me gustaba mucho estar ahí un rato, por que en ese pequeño espacio de unos 30 metros cuadrados podía encontrar el abrazo cálido que Cuernavaca siempre es capaz de otorgar.

Eran ya casi las 10 de la mañana y aún cuando empezaba a hacer un poco de calor, el café nos cayó a ambos muy bien.

–Gracias, me dijo.

–De nada.

Dos sorbos al café, en silencio. Luego, toda la cara redonda de la mujer se llenó de emoción. Ese era el privilegio de mi trabajo. La gente podía llorar fuerte.

–No quiero que mi pequeña Lucy se me muera. No es justo. Silencio. Un sorbo al café.